

INHUMADORES E INHUMADOS: UNA LECTURA DE LA DIFÍCIL RECONCILIACIÓN DE LAS DOS ESPAÑAS EN *ENTREVÍAS MON AMOUR* DE JUSTO SOTELO

Patrick TOUMBA HAMAN
toubahamanpat@yahoo.fr
Universidad de Maroua, Camerún

Abstract: *Spain, during its history of as a nation, has been characterized by significant divisions at the political, socio-cultural and ideological levels, which affected considerably the cohesion of the country. Buriers and buried, nationalists and republicans, rightists and leftists, winners and losers, executioners and victims, it is larger the list of antithetical concepts which established those divisions between Spanish people. Those divisions, which became more important in the last XX century, especially during civil war and Francoism, still have an impact on the present. Those social realities are unavoidably reflected in arts, in general and in literature, specifically. The present article investigates, in *Entrevías mon amour*, some manifestations of that period of fear in some characters of Justo Sotelo (2009), with the aim to make a lecture of the difficult reconciliation of the two Spains. It makes use of the theory of Liquid Modernity developed by Zygmunt Bauman (2003), to describe an era known as fluid and characterised not only by fears due to uncertain times and deterioration of human relationships, but also by simulacrum and hypocrisy in the politicians's acts through their unwillingness to definitely heal the wounds of that recent past of Spain. This reflexion is based on the analysis and interpretation of the corpus with the objective to better understand its profound signification since, in accordance with María del Carmen Bobes Naves (2008), literary productions have an intention. It is structured in two principal parts: the obsessive images of Francoism as a pretext which leads us to the difficult reconciliation between Buriers and buried.*

Keywords: *Buriers; Francoism; Fear; Reconciliation; Simulacrum.*

Introducción

La armonía es, generalmente, uno de los factores de bienestar en una familia, en una comunidad o en una nación. Se mide la armonía a través del tiempo y es lo que determina el futuro de los seres humanos. En la historia reciente de España, el franquismo, consecuencia directa de la guerra civil, es la época más fatídica de la historia española contemporánea. En ella, se deterioraron considerablemente las relaciones entre los españoles, resquebrajándose así el equilibrio nacional. Si para unos Franco era un buen líder, para otros, en cambio, era el peor dirigente de toda la historia del país, por las

consecuencias enormes de sus actos que siguen todavía marcando la conciencia de buen número de españoles. En este sentido, apunta Yeste (2010: 7) que «dos verdugos del régimen franquista salieron impunes de la Transición democrática, mientras la reparación y el reconocimiento de las víctimas de la represión en la dictadura quedaron postergados».

Hoy en día, más de medio siglo después de la transición que vio luz a consecuencia de la desaparición del caudillo el 20 de noviembre de 1975, parece que todavía la sombra de este sigue planeando sobre España, en la medida en que quedan numerosas las cuentas sin saldar, a pesar de los reconocidos esfuerzos realizados para que desaparezcan, de los lugares públicos, los símbolos de esa época oscura. En palabras de Medina (2002: 30), «todos sabemos que este maravilloso espacio de conciliación y unidad nacional no es más que simulación de sí mismo, pero qué necesidad hay de levantar la máscara. Ese movimiento de revelación abriría la puerta de un retorno a la irracionalidad y la violencia del pasado». El miedo a la vuelta a esos actos de barbarie es lo que anima incansablemente a muchos españoles a obrar por una reconciliación definitiva. La ausencia de esta sigue dejando a las víctimas sin identidad propia o, mejor, con una identidad desestructurada, desarticulada y fragmentada. Es por eso que siguen luchando por suturar sus heridas que siguen abiertas, ya que, en palabras de Bauman (2003: 89), «cuando hablamos de identidad, aparece en nuestra mente una desvaída imagen de armonía, de lógica, de coherencia [...]. La búsqueda de identidad es la lucha constante por detener el flujo, por solidificar lo fluido, por dar forma a lo informe».

En efecto, como se ha podido comprobar, lo precedente deja traslucir la falta de sinceridad y de seriedad observados en los intentos de reconciliación llevados a cabo en España¹. A la luz de *Entrevías mon amour* (2009), la cuarta novela de Justo Sotelo, la presente reflexión se propone recorrer la manera cómo están abordados la guerra civil y el franquismo para, luego, desembocar en una lectura de la reconciliación de las dos Españas en el llamado período del «boom de la memoria», en el que la recuperación de la memoria tiende a suplantarse el conocido «deber del olvido». Esta lectura de la reconciliación se hará de acuerdo con la labor interpretativa ya que, según Bobes Naves, «las obras literarias han sido creadas *libremente* por sus autores; tienen una determinada *intención*, elegida libremente por el autor y están vinculadas a unos valores, impresos en ellas a través de sus formas y de su significado» (2008: 141).

1. Las imágenes obsesivas del pasado: el franquismo

Cuando Baudrillard (1992: 44) apunta que «il semble que nous soyons assignés à la rétrospective infinie de tout ce qui nous a précédés», nos introduce en el espíritu de la postmodernidad consistente en que los individuos, ante la inseguridad presente en la que se sienten amenazados, se ven obligados a recurrir al pasado desde el que recapitarse o curar sus heridas. Uno de los acontecimientos históricos negativos que ha marcado colectivamente a la España del siglo XX es, no cabe duda, la guerra civil española², una

¹ En una conferencia en Montevideo sobre la paz, en 2018, el español Baltasar Garzón, juez de la Audiencia Nacional entre 1988 y 2012, afirma: «nos atrevimos a decir que el franquismo en España no existe, que el franquismo se superó, que en España hubo reconciliación...». Continúa el juez sosteniendo que España es un «país penoso» que «niega la memoria», en la medida en que los intentos de reconciliación llevados a cabo fueron una pura «imposición» (<https://www.efc.com/efe/espana/portada/baltasar-garzon-niega-que-en-espana-hubiera-reconciliacion-tras-la-guerra-civil/10010-3599477>).

² En la introducción a *El 19 de marzo y el 2 de mayo* de Pérez Galdós (2008: 9), precisa Gullón que «vivimos un momento en que la memoria histórica se ha convertido en una de las principales preocupaciones ciudadanas,

guerra fratricida y muy sangrienta que tuvo enormes consecuencias para el país y cuyas huellas perduran hasta en la actualidad. La imagen de esta guerra civil y, consecuentemente, la del franquismo y la figura de su máximo representante siguen obsesivas, aun en quienes no han vivido directamente estos hechos. Por ejemplo, dice Teo Abad, el protagonista de *Entrevías mon amour* que «últimamente la gente estaba muy sensibilizada con la recuperación de la memoria histórica, y el asesinato de sus padres también formaba parte de ese rescate» (Sotelo, 2009: 239). Por lo que se trata de la «memoria inevitable» (Sotelo, 1997: 71), en palabras del narrador de *Vivir es pasar*. Por eso, a través de este deber de memoria colectiva, se trata de «recordar a los muertos, a los perseguidos, a los exiliados [...]. Es no olvidarnos de las personas que también existieron, que tuvieron ojos y manos y corazón como nosotros» (Sotelo, 2009: 284), según afirma el narrador protagonista.

Dicho esto, el rescate de esta memoria está en relación con los acontecimientos poco relucientes experimentados ya durante la guerra civil y, luego, a lo largo del franquismo por quienes no quisieron colaborar con el régimen. Para hablar del sentido de la memoria, señala Heers que «faire mémoire conduit à évoquer des événements du passé de façon émotionnelle, engagée, pour exalter des hauts faits d'armes, justifier telle ou telle entreprise, ou, plus souvent peut-être, pour maintenir le souvenir des heures sombres et des martyrs» (2006: 9). Esta labor la hace Teo Abad, quien describe a quienes pudieron salvarse de la guerra civil, al ejemplo del padre Román, como «una generación de hombres y mujeres que tuvieron que acostumbrarse a comer la piel de las patatas como si fuera el manjar más exquisito, y beberse su orín» (Sotelo, 2009: 104). Posteriormente, el régimen puesto en marcha deja transparentar un repertorio de hechos muy duros: «exilio, campos de concentración, cárcel, pelotón de fusilamiento, garrote vil³, represión y muerte» (Sotelo, 2009: 156); o «plagas, dolor, miedo, indignidad, pobreza y hambre, injusticias, poder corrupto y humillante, y más dolor y más plaga y más indignidad» (Sotelo, 2009: 99) son algunas de las torturas físicas y psicológicas que siguen indelebles en la memoria de las víctimas o de sus descendientes, como es la generación de en medio, una generación distinta, a la que pertenece Teo Abad y Judith, quienes ni siquiera habían nacido en la postguerra, «otro grupo de hombres y mujeres que desconocía lo que había ocurrido en realidad» (Sotelo, 2009: 105).

Además de lo que trasluce de la biografía del caudillo que presenta el narrador, para referirse a los mismos dolores perpetrados, Franco, «poco antes de morir firmó cinco sentencias de muerte a las que incluso se oponía el mismísimo Pablo VI» (Sotelo, 2009: 81). Teo describe los sufrimientos de sus padres, en interminables trabajos diarios para sacar a sus hijos en adelante. Alude, por ejemplo, a las cicatrices de las manos de su madre y, sobre todo,

porque demasiados sucesos del pasado jamás recibieron la atención que merecían, como el destino de los asesinados en la Guerra Civil». Jaekel, por su parte, afirma que «la Guerra Civil española tiene una importancia en la historia mundial que supera en mucho el número de víctimas, daños materiales y su extensión geográfica. Ejerce una atracción y una fascinación tan grande para el hombre que el número de publicaciones sobre este asunto es comparable al de los libros sobre la Segunda Guerra Mundial» (2011: 187). En el mismo orden de ideas, puntualiza Hervás Fernández que «la guerra civil de 1936 se ha convertido en un marco espacio-temporal al que recurren muchas novelas con fines diversos aprovechando su conocimiento entre los lectores. Se trata ahora de un conflicto no atravesado por la ideología sino de una referencia que en lugar de pertenecer al campo de las vivencias o de los enjuiciamientos se sitúa en el de los mitos» (2010: 154).

³ Eslava Galán (1991) ofrece un paisaje desolador de los tipos de ejecuciones practicadas por los verdugos del franquismo, que oficiaban por necesidad y no por vocación, además de lo mal remunerados que estaban. De hecho, no tenían ninguna compasión por las víctimas, ya que un afortunado indultado, por ejemplo, era sinónimo de falta de dieta para ellos.

a «sus arrugas a pesar de su juventud» (Sotelo, 2009: 99). Ante este abanico de sufrimientos, totalmente achacables al sistema vigente, el propio narrador, quien ha tenido inclinaciones por el mismo, establece el segundo caso de figura al entrever que «si los libertarios hubieran tenido éxito para acabar en paz con la dictadura nos habríamos ahorrado muchos sufrimientos, fusilados y ejecutados por garrote vil...» (Sotelo, 2009: 68). Ya que, en definitiva, «murió gente inocente que no había hecho daño a nadie» (Sotelo, 2009: 98).

Otra cosa que conviene señalar durante ese régimen descrito es el uso de la mentira⁴ como arma para convencer y para ocultar la verdad. Hablando de Judith, por ejemplo, «alguien dijo que sus padres habían huido al extranjero para ocultar un crimen horrible cometido tras la guerra; otro dijo que les habían aplicado el garrote vil, el gollete de acero que se ajusta a la garganta de los presos y el torno con manivela que sitúa el vértice punzante dispuesto a atravesar la carne trémula. Cualquiera podía dar su opinión» (Sotelo, 2009: 31-32). Lo que sobresale de estos puntos de vista justifica el miedo muy acuciante en ese periodo⁵. En esta novela que analizamos, la primera víctima indirecta es Judith cuyos padres fueron ejecutados injustamente⁶ y enterrados con una decena de personas debajo de la iglesia del barrio Entrevías, en las afueras de Madrid. En efecto, la profesión de Judith, antropóloga, es un ingrediente en la labor de investigación que emprende para acceder a la verdad, lo cual dará frutos hacia el final de la novela, con la descubrimiento de esta fechoría. Para lograrlo, cuenta entonces con la ayuda de otros amigos como Edipa, antropóloga también, y Teo, reportero. Los artículos que Teo publicaría, en la revista donde trabaja, servirían de acicate para despertar la conciencia sobre lo ocurrido: «Lo único que te pido [...] es que utilices el *Nuevo Madrid* para averiguar cómo murieron mis padres, para que preguntes alto y fuerte por qué se escondieron las pruebas de su asesinato y no existe una tumba donde poder llevarles flores, incluso donde poder rezar» (Sotelo, 2009: 69). Su papel se parece, entonces, al de *Defensa Interior*, una especie de continuación de los maquis cuya labor consiste en una propaganda para denunciar los abusos de aquel periodo.

Entrevías mon amour deja traslucir una época en la que la imagen del caudillo era obsesiva. Teo recuerda cómo su padre podía estar «escuchando sin rechistar las continuas alabanzas de mamá y la abuela al régimen de Franco» (Sotelo, 2009: 234). El padre del protagonista es más bien comunista. Toda su vida la ha pasado luchando para combatir a

⁴ Ríos Carratalá (2020), especialista de la memoria histórica del franquismo y la transición, realiza un estudio del uso de la mentira política durante ese período, recopilando varias historias reales cuyo denominador común es la mentira. La particularidad de estas historias es que en ellas se disimulan realidades o se glorifica injustamente al caudillo. La obra refleja así una de las mentalidades del franquismo.

⁵ Estas dos oraciones respectivas del escritor Miguel Ángel Andrés y del pintor Raúl Torres, amigos del protagonista y librero Sergio Barrios, definen el estado de espíritu de la población durante ese régimen: «España daba miedo, y eso que no había encontrado más que a policías y parejas de la Guardia Civil vigilando cada esquina. No me extraña que la gente pase miedo durante una dictadura» (Sotelo, 2012: 34).

⁶ Hablando del tipo de víctimas durante la guerra civil, al ejemplo de los padres de Judith en la novela, dice Moradiellos (2003: 225) que «según estimaciones de autores muy diversos, el número total de muertos en acciones represivas de retaguardia pudo alcanzar cifras muy similares, si no similares, al total de los caídos en el frente de batalla y en operaciones militares». Es difícil establecer la lista de los muertos por represiones, en la zona nacionalista durante la guerra, y en el franquismo extendido a nivel nacional, en la posguerra porque había muchos eliminados al margen de procesos jurídicos formales, por lo que «no fueron inscritos en los registros civiles [...] o se ocultó la causa expresa de defunción» (Moradiellos, 2003: 227). Fue el caso con los referidos padres de la antropóloga, cuyos cuerpos fueron ocultados durante más de tres décadas, en las que todo fue mentira acerca de su desaparición, como ya hemos visto.

los enemigos de la libertad⁷. Como precisa Teo, mi padre «podía haber forcejeado con los policías para defender sus ideales y hasta ser el hombre más feliz del mundo» (Sotelo, 2009: 234). En la obra, están presentes algunos de los ideales izquierdistas. Entre ellos, la recuperación de los símbolos de la Institución Libre de la Enseñanza de Giner de los Ríos y de la figura de varios autores de los que destacan Marx y Engels, de quienes el padre de Teo llevaba fotografías en la cartera. Por su ideología, este genitor de Teo fue apartado del sistema. Lo atestiguan las palabras de su amigo derechista, el padre Román: «Teo, tu padre nació en el lugar equivocado [...]. Podía haber sido una persona influyente de haber nacido en otro lugar, pero no fue así» (Sotelo, 2009: 42). Moradiellos (2003: 234) explica muy bien esta actitud desleal, del sistema descrito, para con quienes no quisieron colaborar con el mismo, al afirmar que «la política de sistemática represión multiforme (desde la eliminación física hasta la depuración administrativa, la sanción económica o la inhabilitación profesional) fue un componente esencial del régimen franquista desde el comienzo de la sublevación militar y hasta su terminación en 1975».

El padre de Teo conoce bien el período descrito, por ser una de sus múltiples víctimas y excluidos. Lleva de él graves marcas obsesivas e indelebles que son más psicológicas que externas según se puede apreciar en esta larga cita que viene a continuación:

A veces las heridas no se ven, ¡qué van a verse!, están dentro, se han extendido como un cáncer por los pulmones, el hígado, los riñones, el propio corazón. Sigues viviendo, claro que sigues viviendo, pero por dentro ya sólo te queda agua, nada más que agua. Ven a vernos al despacho..., y fíjate en unos espectros que parecen salidos de ultratumba. No sólo son viejos, es que cada una de sus arrugas representa una herida de guerra, una herida que no expulsó ni una gota de sangre en su día y que por eso jamás podrá cicatrizar. [...] Teo, no sé cómo quitarme las heridas que llevo dentro, no sé cómo quitármelas... (Sotelo, 2009: 230-231)

En suma, los hechos presentados por el narrador sobre la guerra civil y el franquismo desvelan una época sombría, en la que por las represiones, con las muertes y desapariciones como consecuencias directas de la dictadura, la gente vivía permanentemente con el dolor y el miedo. El narrador de Sotelo presenta las vivencias de los personajes implicados, directa o indirectamente, en los acontecimientos del período descrito. De esta forma, suscita en los lectores una toma de conciencia de los sufrimientos retratados, sin duda para que puedan adherir a la lucha de aquellos que deben buscar cicatrizar las heridas que siguen abiertas, al ejemplo de las del padre de Teo arriba descritas, ya que de estas heridas dependerá el futuro⁸. Son las generaciones posteriores, descendientes de las víctimas, que acabaron siendo afectadas por las circunstancias de la

⁷ En Sotelo, casi es una constante que los padres de los protagonistas estén contra el régimen franquista. En *La paz de febrero*, por ejemplo, transparenta la ideología del padre de Luis Seoane, en el diálogo que emprende con su padre adoptivo, Pedro Cobos, cuando afirma: «Siempre me has dicho que mi padre fue uno de los mayores críticos de Franco que conociste, crítico de su política, de su régimen, de aquel caduco estilo de vida» (Sotelo, 2006: 182).

⁸ Podemos aducir que todos los esfuerzos desplegados por el protagonista y los personajes principales tienen como finalidad, en definitiva, la búsqueda de construcción de un futuro armonioso y es, sin duda, la lucha del propio autor ya que, como señala García (2013: <https://sotelojusto.blogspot.com/2013/01/maria-alonso-garcia-opina-sobre.html>), «Sin conciencia de nuestra historia, de nuestro pasado no se puede construir el futuro. La novela [*Entrevías mon amour*] nos revela que la nostalgia, la valentía y la dignidad nos pueden ayudar a construir una sociedad más justa socialmente».

desaparición de sus familiares y en cuyos actos pueden leerse indicios de la búsqueda de una reconciliación, como veremos en el apartado siguiente.

2. La difícil reconciliación entre vencedores y vencidos

La otredad es cuando se necesita al otro para construir su propia identidad. Según Torre (2011: 178), «la otredad toma formas literarias diferentes en épocas distintas de la historia reciente de España». La guerra civil y el franquismo, periodos que nos conciernen directamente en el marco de esta reflexión, son, sin duda, los que más fracturas han causado entre los españoles, dando lugar a una inagotable cantidad de producciones literarias que atañen a esta realidad obsesiva. Bauman (2003: 27) describe acertadamente lo que podría encajar en las largas e interminables búsquedas de soluciones a lo que, en cierta medida, sigue dividiendo a los españoles, al mencionar que «lo que se ha roto ya no puede ser pegado. Abandonen toda esperanza de unidad, tanto futura como pasada, ustedes, los que ingresan al mundo de la modernidad fluida».

En realidad, conviene subrayar que se trata del resultado de un problema de identidad ideológica en el que se encontraron los españoles antes y durante «los años oscuros» (Sotelo, 2009: 98). Su origen puede atribuirse a la responsabilidad de Franco y a su personalidad fluctuante. Su carácter mezquino da cuenta de que es un líder muy oportunista, en la medida en que cambia en función de las circunstancias del momento. Porque pasa de considerarse el portavoz del fascismo al ferviente de la democracia, dependientemente del transcurso de la segunda guerra mundial y de los años posteriores. Ello se ve, por ejemplo, entre las palabras que dirige a un líder militar italiano en julio de 1941, ante los signos de la caída de Mussolini, «la democracia y el liberalismo son expresiones trasnochadas» (Blanco Aguinaga, 1984: 78), y su declaración de 1958 a *Le Figaro*, dirigida a los americanos para apoyar su política, «la característica del Régimen no es, pues, la omnipotencia del Jefe, es la omnipotencia del pueblo, es la democracia» (Blanco Aguinaga, 1984: 79). Por lo que de lo expuesto, todavía ambos grupos opuestos siguen echándose la culpa, signo de «perpetuas heridas sin cicatrizar» (Sotelo, 2009: 161). Esta situación no facilita una mejor integración social, perjudicando así la identidad nacional y la cohesión social. A este respecto, apuntan Alsina & Medina Bravo (2006: 129):

La identidad es la respuesta que nos damos -y que nos dan- para identificarnos con la comunidad a la que deseamos pertenecer como miembros de derecho reconocido. La identificación con las reglas sociales de esa comunidad pasa a ser, pues, la manera de controlar si seguimos perteneciendo o no a la comunidad. El peligro de expulsión siempre está latente, y la exclusión del círculo de identidad con el que más nos podemos identificar implica desarraigo y soledad.

Vencedores y vencidos ya no quieren compartir un mismo espacio simbólico. Se trata de una «manida y secular envidia que cercena a los españoles en dos mitades irreconciliables. Una de ellas culpa a la otra y viceversa. Ninguna admite ser responsable» (Sotelo, 1995: 135), como asevera el protagonista de *La muerte lenta*. Esta misma actitud, que también puede extenderse a todo Occidente, está descrita por Punset (2000: 27) de la manera siguiente: «una de las singularidades del pensamiento contemporáneo es, por supuesto, la negativa de todos los protagonistas de las dos desviaciones históricas del fascismo y del comunismo a ejercitar la menor autocritica; o mostrar el más leve sentimiento de culpabilidad por los errores inducidos o cometidos». Todo ello origina una

venganza simbólica. Podemos observarla a través del acto preparado, mucho antes, por el padre de Teo, deseoso de que se traslade el cuerpo del caudillo a un sitio discreto, lejos de la mirada de curiosos y turistas:

Te juro que lo tenía todo planeado. Acaban de abrir al público y había poca gente, no soy tan iluso para provocar a priori la muerte de nadie. Al final me dejé de ideas ambiciosas y decidí actuar de la forma más sencilla posible: prender fuego a los árboles que rodean la basílica. Alguien llamaría enseguida a los bomberos para que apagaran las llamas, pero la verdadera llama ya habría prendido en la conciencia de la gente. Aquello sería una tumba llena de cenizas que ningún turista querría visitar, ni siquiera esos nostálgicos que aún aparecen cada mes de noviembre como repugnantes animales por debajo de las piedras. Ante esa situación lo mejor sería que se llevaran los famosos huesos a otra parte. (Sotelo, 2009: 218)

En realidad, este acto disidente, que por mala fortuna ha acarreado la muerte de algunas personas inocentes, se justificaría por la insuficiencia de los esfuerzos realizados de cara a la reconciliación y a la reparación de las víctimas. Como puntualiza Bauman (2003: 28), «somos “seres reflexivos” que observan con atención cada movimiento que hacen, que rara vez están satisfechos con sus resultados y que siempre están deseosos de rectificarlos». Más allá de esta insatisfacción, el tiempo es determinante, ya que se debe contar con la aportación de los últimos testigos que se hacen cada vez más escasos como podemos apreciar a continuación:

Y no me refiero a esa manía que nos ha dado a todos con la memoria histórica. Es otra cosa, Teo, algo difícil de precisar, o que al menos a mí me resulta muy difícil. Dentro de poco se habrán muerto los últimos testigos de la barbarie. ¿Qué nos quedará por hacer entonces? ¿Enterrar sus cuerpos debajo de la iglesia como hicieron con los padres de Judith o con todos esos sacerdotes? (Sotelo, 2009: 247)

La exhumación no sería el final de todo sino que ayudaría a iniciar un verdadero diálogo que conduciría a la reconciliación de los dos grupos⁹. Si el 24 de octubre de 2019, ha tranquilizado a muchos el cierre de un capítulo de la memoria histórica con la exhumación de los restos de Franco, aprobada el 15 de febrero del mismo año por el Gobierno de Pedro Sánchez, y su reubicación al cementerio de El Pardo, tal como parte de los españoles lo habían deseado, cabe señalar que todavía parece que no se ha llegado a un total acuerdo. Este debe pasar, sin duda, por una lucha ardua que desembocaría en una reescritura de este periodo de la historia. Teo, como buen periodista y reportero es, para su padre, la esperanza de una multitud de gente desesperada y el catalizador del cambio, sinónimo de avance en el

⁹ Punset (2000: 27-28) ve en esta dificultad para reconciliarse varias causas, entre ellas: la incapacidad de los actores para mirar la realidad y tomar decisiones fuertes, así como la irresponsabilidad de los políticos, hecho marcado en la postmodernidad líquida. Lo dice en estos largos términos: «Cierto, pero más singular resulta todavía que en circunstancias menos dramáticas, y hasta de bonanza relativa como las que imperan hoy en el mundo occidental, - sin que ni siquiera en la mente más retorcida y vengativa quepa la posibilidad de reclamar un tribunal internacional de justicia para juzgar a los responsables del desencanto, como un día se juzgó a los responsables del holocausto-, que en esas circunstancias de negligencia benévola y generalizada, tampoco admita ningún político que la huida de lo público que ellos simbolizan, ha sido el sentimiento más profundo y generalizado del mundo civilizado a fines del milenio». La negligencia de los políticos socialistas en el tratamiento de la memoria histórica de la guerra civil es lo que llama Moreno-Nuño (2006: 64) «pecado de omisión».

tratamiento del asunto: «Cuento contigo, Teo, todos contamos contigo. Tú sabes expresarte mucho mejor que yo. Tienes que escribir un libro [...] Y cuando hayas terminado de escribir el libro [...] ya podrán venir todos esos historiadores revisionistas a cambiar la historia» (Sotelo, 2009: 247). En relación con esta labor de rescritura de la historia, Sanz (2010: <http://latormentaenunvaso.blogspot.com/2010/01/entrevias-mon-amour-justo-sotelo.html>) explica muy bien los estados de espíritu, así como los esfuerzos que deben hacer los descendientes de las víctimas por restablecer la verdad velada, cuando, al hablar de *Entrevías mon amour*, apunta que la obra:

Habla de la responsabilidad de los verdugos y de esa otra responsabilidad, quizá más lábil y más difícil de comprender: la responsabilidad de unas víctimas que tienen la obligación moral de superar el dolor para desenterrar a los muertos que son simiente de amapola en las cunetas y recuperar, así, una memoria sin nostalgia que permita a todos los huérfanos, a todos los exiliados —de sus países y de sí mismos—, a todos los desposeídos y los desarraigados, seguir hacia adelante escribiendo la historia de los vencidos.

En *Entrevías mon amour*, se lee menos el deseo de clamar el olvido de la memoria histórica o de «criticar los años oscuros» (Sotelo, 2009: 98) que el de buscar el reconocimiento de las víctimas y la reconciliación de los actores. Una mejor reconciliación debe hacerse con una fuerte colaboración de los vencedores o de los conservadores, quienes desafortunadamente se muestran reticentes, con el argumento de que el reconocimiento oficial de su culpa como verdugos podría originar ajustes de cuentas. En este sentido, la figura del padre Román es, en parte, un buen ejemplo a seguir. A pesar de haber ocultado la verdad durante cuatro décadas, sobre la desaparición de los padres de Judith, el cura la apoya, ayudando a concederle una beca para sus estudios universitarios. Lo hace también para Edipa y Teo, «gracias a su amistad con el confesor de la mujer de Franco» (Sotelo, 2009: 83). En realidad, el cura había animado a los tres a estudiar no sólo para que no olvidasen lo ocurrido en ese periodo sombrío sino también para que luchasen con la finalidad de conseguir la verdad. En el mismo orden de ideas, el cura había regalado viviendas «a tantas familias para que pudieran salir de la pobreza» (Sotelo, 2009: 101). Desde este prisma de apreciación, se puede leer cierto aspecto positivo en la actitud del hombre de Dios, a quien Teo considera un héroe. Su disidencia en el respeto de algunos preceptos del catolicismo es harto significativa, ya que ha transgredido la norma, de la misma manera que lo hace diciendo misas estando ya jubilado, llegando a ser el genitor de la Niña: «Los curas católicos no podemos tener hijos, todos dicen que es un pecado que tengamos hijos, una auténtica inmoralidad. ¿He dicho inmoralidad? ¡Debo cuidar mi lenguaje! ¡Qué van a pensar de mí los obispos y cardenales!» (Sotelo, 2009: 99).

El padre Román es de derechas. Esto supone que es testigo, de primera fila, de muchas de las atrocidades perpetradas por el régimen. Pero al hablar de la guerra civil de 1936, precisa que «nunca podría olvidar a los que la iniciaron, ni admitir sus justificaciones» (Sotelo, 2009: 104). Su particularidad es que está a favor de una reconciliación, y esta debe empezar a partir de la familia, núcleo y metáfora de la nación:

Teo, lo que ahora quiero es que hables con tu padre y empecéis una nueva vida...
¡Sólo os tenéis a los dos, así que vosotros sabréis! Basta ya de silencios, de malos entendidos, de malas caras o malos gestos. No sois más que dos luchadores que utilizan

caminos diferentes para llegar al mismo sitio. No creas que no sé por qué te marchaste tan joven de este barrio. (Sotelo, 2009: 97)

Al lado del padre Román, Teo es otro artesano de la reconciliación. Como aprendemos, su vuelta al barrio de su infancia y juventud se describe como el «viaje de la reconciliación» (Sotelo, 2009: 83). Su presencia no sólo ayuda a Judith a reconciliarse con su pasado sino que también restablece la armonía en la ‘familia’ del ayudante de los pobres y menesterosos, en la parroquia. Su regreso de Bagdad, donde ejercía como reportero de guerra, hace de él una especie de mesías para Judith, Tamara, Edipa y la Niña que necesitan, todas, su mirada varonil que las incentiva a tomar conciencia de sus potencialidades. La presencia del protagonista también le convierte a él en propio agente reconciliador de sus padres cuyas ideologías son diferentes como podemos apreciar en estas palabras conciliadoras del padre Román: «¡Teo, dile a tu padre que perdone a tu madre por no pensar como él, ya te lo he dicho, suplicáselo si es preciso! Dile que no sea testarudo, que me haga caso y la perdone. ¿Qué otra cosa puede hacer? Es un viejo, y no tiene sentido seguir amargado lo que le queda de vida» (Sotelo, 2009: 97). En realidad, el conflicto ideológico entre los padres del narrador va más allá de lo que se podría pensar y lo aprendemos de la boca del genitor de Teo: «Tu madre se habría ido a la cama con Franco de haber podido, estoy seguro, y también la madre de tu madre» (Sotelo, 2009: 89). En definitiva, Teo no es el tipo de personaje en busca de la venganza. Por lo contrario, es muy pacífico y orgulloso, cuanto más se trata de la destrucción de los símbolos construidos por todos los españoles: «En este mundo que habíamos creado, por fin, entre todos, ya no tenía sentido que alguien destruyera el Valle de los Caídos y menos aún que quemara el bosque que lo rodeaba.» (Sotelo, 2009: 279).

La clave simbólica de la obra está en que, por una parte, haya que desplazar los restos de Franco, según los ya mencionados planes contestatarios del padre de Teo, ideados mucho antes, para prender fuego al monte Abantos, en los alrededores del Valle de los Caídos; y que, por otra parte, se tenga que hacer lo mismo con los restos de los padres de Judith, tras encontrarlos debajo de la iglesia donde habían sido fusilados bajo las sucias órdenes de los dirigentes y enterrados unas tres décadas antes, cuando ella tenía tan sólo cinco años. De hecho, son significativas las súplicas de la propia Judith, «sólo quiero que me ayudes a desenterrar dos cadáveres» (Sotelo, 2009: 69), destinadas a Teo. Mientras no se descubran estos cuerpos, para una autopsia con la finalidad de sacar conclusiones sobre el origen de su muerte y proceder a las reparaciones, no habría paz ni verdadera reconciliación¹⁰. Tampoco las habría mientras no descubriesen a los suyos «esos nietos

¹⁰ Es importante señalar que hace mucho que la ONU reclama al Estado español su obligación de investigar, perseguir y sancionar los delitos contra la humanidad cometidos por el franquismo. En febrero de 2020, en los esfuerzos de la búsqueda de la justicia y las reparaciones, una cincuentena de grupos de los colectivos de víctimas de ese régimen piden una «Ley de reconocimiento y protección integral a las víctimas del franquismo» para poner fin a ochenta años de impunidad en los que no se han reconocido a esas víctimas y en los que se ha negado la verdad. En esta ocasión, además de que se eliminen definitivamente todas las formas de exaltación del franquismo en calles, monumentos y honores varios, estos colectivos han solicitado la aprobación de un plan estatal de exhumaciones judicializadas, dirigidas por un juzgado o fiscalía especializada (2020: <https://www.nuevatribuna.es/articulo/actualidad/victimasfranquismo-reclaman-ley-reconocimiento-proteccion-integral/20200219164104171269.html>). Conviene señalar que estas organizaciones para la recuperación de la memoria histórica «trabajan desde el año 2000 en la exhumación e identificación de cadáveres en fosas comunes que fueron víctimas del terror franquista durante o después de la Guerra Civil», como afirma Jaeckel (2011: 189). No son suficientes estos esfuerzos ya que en 2018, el director general de Memoria Histórica del Gobierno central,

anónimos que seguían buscando a sus abuelos enterrados en las cunetas de este país o debajo de los árboles junto a los ríos» (Sotelo, 2009: 302). La propia Judith se lo dice a su amigo y cómplice: «Teo, continuaré incompleta hasta que no encuentre a mis padres» (Sotelo, 2009: 70) e intuye que sus «padres fueron asesinados por la policía o los militares» (Sotelo, 2009: 69). En realidad, molestan los respectivos cuerpos porque no están donde deberían estar. El hecho es que para que haya paz, no deben cohabitar los cuerpos de los verdugos y de las víctimas, lo cual sería una abominación para las familias de las víctimas. Lograr los respectivos traslados sería un primer intento de reconciliación y desde este punto de vista, a diferencia del hallazgo de los restos de los padres de Judith, el fracaso observado en el traslado del cuerpo del caudillo significaría un fracaso hacia esta etapa.

Judith y Teo, como ya hemos advertido, no son de la generación de quienes hayan conocido la guerra. Han nacido a principios de los años sesenta del pasado siglo XX. Pero antes del final del franquismo, ya eran conscientes de que en España existían dos bandos que se miraban con desconfianza, los fascistas y los comunistas. A diferencia de su padre, ferviente crítico del sistema, como los padres de Judith y ella misma, Teo tenía inclinación por el bando de los vencedores. Es, en parte, lo que había originado su desavenencia con su padre y su posterior fuga de casa. Judith y Teo son el símbolo de una generación que discute libremente y sin prejuicios. A pesar de sus diferencias, ellos se habían enamorado y siguen enamorados. Estas palabras de Judith son sintomáticas de la manera cómo deberían dialogar francamente los españoles para reconocer los errores pasados¹¹ y mirar definitivamente hacia un futuro común, armonioso y desprovisto de toda sospecha: «En eso también tuvo mucha culpa tu partido [...] porque nunca quisisteis reconocer el papel de los libertarios que se opusieron al franquismo» (Sotelo, 2009: 68).

También es llamativa la manera cómo termina la novela. Después de cometer el acto planeado para manifestar su descontento para con los vencedores, el padre de Teo, acompañado por su hijo, tiene que huir la justicia y la Guardia Civil. Pero por la fuerza del sistema en la consecución de las informaciones, están arrestados de madrugada en el tren que los lleva hacia Collioure donde el padre debería homenajear a Antonio Machado, depositando flores en su tumba. Desafortunadamente, se salta del tren y huye para terminar muerto en el territorio francés. Teo recuerda la escena una vez que llega al sitio, con los policías que lo habían acompañado en coche desde el tren donde se encontraba con su padre: «Les pedí que lo descubrieran. Era el cadáver de mi padre. No había signos de violencia. La expresión de su rostro era serena» (Sotelo, 2009: 297). A través de la expresión del cuerpo del padre del protagonista y la expresión de compasión de los representantes del Estado, se puede leer cierto signo de paz y esperanza en el porvenir.

Conclusiones

A lo largo de la historia de España, las ideologías políticas han sido al origen de la formación de dos grupos relativamente visibles. En el siglo XX, con la guerra civil y su consecuencia inmediata, el franquismo, la división entre las dos Españas se hace más

Fernando Martínez López, piensa que estas heridas abiertas llegarán a cerrarse «en el momento en el que se abran las fosas» (<https://www.elcorreo.com/politica/heridas-guerra-civil-20180718165843-nt.html>).

¹¹ Son enormes estos errores del pasado y, sin duda, en relación con ellos, expone Alonso (2010: <https://www.revistadelibros.com/articulos/entrevias-mon-amour-de-sotelo-la-herencia-de-la-guerra-civil>), al referirse a *Entrevías mon amour*, que «el novelista no se acerca a la realidad para contemplarla con connivencia y complicidad, sino para enfrentarse a ella y desenmascarar sus contradicciones».

acuciante, convirtiéndose en un problema de identidad nacional al que todavía no se han aportado soluciones definitivas. Si el amor es la temática dominante en *Entrevías mon amour* de Justo Sotelo, sin embargo, la obra deja transparentar alusiones y referencias a esta época dolorosa de la historia reciente del país. El narrador hace una pintura poco reluciente de ella, en la que leemos una fuerte presencia de las crueldades vividas por aquellos que no han colaborado con el sistema. En este retrato, también es llamativo el espacio de las víctimas inocentes de aquellos actos inhumanos.

En la obra, nos encontramos con una nueva generación de personajes, ellos mismos víctimas indirectas del referido sistema, que nos presentan los hechos de manera cruda, sin duda para dejar traslucir la gravedad de los hechos. Simbólicamente, lo que más importa es, entonces, la difícil cohabitación entre los verdugos y las víctimas, imagen de lo que podría interpretarse en la vida social de los españoles. El padre del protagonista Teo Abad pone en ejecución sus planes de que se traslade el cuerpo del caudillo a otra parte. Para ello, incendia los alrededores del Valle de los Caídos con la intención de que el fuego destruya la sacristía en cuyo interior descansa el líder de los vencedores. Por otra parte, Judith, antropóloga de formación, lucha para descubrir la verdad acerca de la desaparición de sus padres durante el franquismo. Al final, descubre que ellos habían sido enterrados debajo de la parroquia —tras el derrumbamiento del edificio que presentaba signos de vetustez, lo cual era un peligro—, donde el padre Román le ofrece residencia con su hija Tamara, tras su divorcio. Este hallazgo es una primera victoria por parte de las víctimas ya que las autoridades vigentes se proponen hacer todo para restablecer la justicia.

Metafóricamente, la destrucción del edificio y la anterior muerte del padre Román en plena eucaristía, otro detalle importante, significarían el final de uno de los brazos armados y símbolos fuertes de una época. Otro símbolo no menos importante son los restos del caudillo. Si no se ha conseguido exhumarlos y apartarlos de los cuerpos de las víctimas para, luego, trasladarlos a otro sitio discreto, es un fracaso en lo que sería el punto de partida hacia una mejor reconciliación. Leemos cierta victoria y fuerza de la memoria de los dominantes sobre la de los oprimidos, a pesar de la primera victoria de Judith. Desde este punto de vista, *Entrevías mon amour* no alcanza resolver el enigma de la memoria histórica más obsesiva en la historia contemporánea de España. En cambio, se puede entrever un porvenir pacífico y esperanzador en la serena muerte del padre de Teo, en las últimas páginas del libro porque ha muerto en el campo de batalla.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALONSO, S., (2010), «Mirar al pasado, explicar el presente», Reseña a *Entrevías mon amour*, en <https://www.revistadelibros.com/articulos/entrevias-mon-amour-de-sotelo-la-herencia-de-la-guerra-civil> [consulta: 31/05/20].
- ALSINA, M. R. & MEDINA BRAVO, P., (2006), «Postmodernidad y crisis de identidad», en *IC, Revista Científica de Información y Comunicación*, 3, pp. 125-146.
- BAUDRILLARD, J., (1992), *L'illusion de la fin ou la grève des événements*, Paris, Editions Galilée.
- BAUMAN, Z., (2003), *Modernidad líquida*, trad. M. Rosenberg, México, Fondo de Cultura Económica.
- BLANCO AGUINAGA, C. et al., (1984), *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*, III, Madrid, Castalia.
- BOBES NAVES, M. del C., (2008), *Crítica del conocimiento literario*, Madrid, Arco/Libros.

- CONFERENCIA PAZ, (2018), «Baltasar Garzón niega que en España hubiera reconciliación tras la guerra civil», en <https://www.efc.com/efe/espana/portada/baltasar-garzon-niega-que-en-espana-hubiera-reconciliacion-tras-la-guerra-civil/10010-3599477> [consulta: 22/05/20].
- ESLAVA GALÁN, J., (1991), *Verdugos y torturadores*, Madrid, Editorial Temas de Hoy.
- HEERS, J., (2006), *L'Histoire assassinée. Les pièges de la mémoire*, Paris, Editions de Paris.
- HERVÁS FERNÁNDEZ, G., (2010), *La sociedad española en su literatura. Análisis de los textos de los siglos XVIII, XIX y XX, Volumen II, Siglo XX*, Universidad Complutense de Madrid, Editorial Complutense.
- JAECKEL, V., (2011), «Mitos y memorias de las dos Españas: la Segunda República, la Guerra Civil española y el franquismo», en *Iberoamericana*, XI, 43, pp. 185-192.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, F., (2018), «Las heridas de la Guerra Civil y el franquismo se cerrarán cuando se abran las fosas», en <https://www.elcorreo.com/politica/heridas-guerra-civil-20180718165843-nt.html> [consulta: 30/05/20].
- MEDINA, A., (2002), «De la emancipación al simulacro: la ejemplaridad de la transición española», en E. Subirats (ed.), en *Intransiciones. Crítica de la cultura española*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 23-36.
- MEMORIA HISTÓRICA, (2020), «Víctimas del franquismo piden una ley de reconocimiento y protección integral», en <https://www.nuevatribuna.es/articulo/actualidad/victimas-franquismo-reclaman-ley-reconocimiento-proteccion-integral/20200219164104171269.html> [consulta: 26/05/20].
- MORADIELLOS, E., (2003), *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis.
- MORENO-NUÑO, C., (2006), *Las huellas de la Guerra Civil: Mito y trauma en la narrativa de la España democrática*, Madrid, Ediciones Libertarias.
- PÉREZ GALDÓS, B., (2008), *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, ed. G. Gullón, Madrid, Biblioteca Nueva.
- PUNSET, E., (2000), *Manual para sobrevivir en el siglo XXI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- RÍOS CARRATALÁ, J.A., (2020), *De mentiras y franquistas*, Madrid, Editorial Renacimiento.
- SANZ, M., (2010), «La tormenta en un vaso», Reseña a *Entrevías mon amour*, en <http://latormentaenunvaso.blogspot.com/2010/01/entrevias-mon-amour-justo-sotelo.html> [consulta: 31/05/20].
- SOTELO, J., (1995), *La muerte lenta*, Madrid, Ediciones Libertarias.
- SOTELO, J., (1997), *Vivir es ver pasar*, Madrid, Editorial Huerga y Fierro.
- SOTELO, J., (2006), *La paz de febrero*, Madrid, Editorial Huerga y Fierro.
- SOTELO, J., (2009), *Entrevías mon amour*, Madrid, Narrativa Bartleby.
- SOTELO, J., (2012), *Las mentiras inexactas*, Madrid, Izana Editores.
- SOTELO, J., (2013), «María Alonso García opina sobre *Entrevías mon amour*», en <https://sotelojusto.blogspot.com/2013/01/maria-alonso-garcia-opina-sobre.html> [consulta: 31/05/20].
- TORRE, J., (2011), «¿Todo sobre la otredad?», en *Confluencia*, Vol. 27, 1, pp. 176-178.
- YESTE, E., (2010), «La transición española. Reconciliación nacional a cambio de desmemoria: el olvido público de la guerra civil», en *HAOL, Historial Actual Online*, 21, pp. 7-12.